

NOSOTROS DOS AÚN

VERSIÓN DE JORGE ESQUINCA

Aire del fuego, no supiste jugar.

Arrojaste sobre mi casa una tela negra. ¿Qué es esta opacidad en todas partes? Es la opacidad que taponó mi cielo. ¿Qué es este silencio en todas partes? Es el silencio que hizo callar mi canto.

Me hubiese bastado con un arroyuelo de esperanza. Pero te llevaste todo. Fui separado del sonido que vibra.

No supiste jugar. Atrapaste las cuerdas, pero no supiste jugar. Pronto lo malversaste todo. Rompiste el violín. Arrojaste una llama sobre la piel de seda para convertirla en un horrible pantano de sangre.

Su felicidad reía en su alma. Pero todo era engaño. Poco duró esa risa.

Ella estaba en un tren con destino al mar, en el huso que hilaba sobre una roca. Avanzaba, aunque inmóvil, hacia la serpiente de fuego que habría de consumirla. Y fue entonces cuando sorprendió de un salto a la confiada, mientras peinaba su cabellera, contemplando en el espejo su felicidad.

Y cuando vio subir sobre ella la llama, oh...

Al instante la copa le fue arrebatada. Nada más sostuvieron sus manos. Se vio atrapada en un rincón, detenida, como ante un gran tema de meditación para resolver de inmediato. Dos segundos más tarde, dos segundos demasiado tarde, huía hacia la ventana, pidiendo auxilio.

Toda la llama entonces la envolvió.

Ella está en una cama desde la que su dolor sube al cielo —hasta el cielo— sin encontrar un dios... Desde la que su dolor baja al fondo del infierno —hasta el fondo del infierno— sin encontrar un demonio.

El hospital duerme. La quemadura despierta. Su cuerpo, como un parque abandonado...

Defenestrada de sí misma, busca cómo regresar. Rema en un vacío que no responde a sus movimientos.

Lentamente, en el granero, su trigo arde.

Ciega, a través de una larga barrera de dolor, durante un mes remonta el río de la vida, natación atroz.

Paciente, entre innumrables ámpulas, vuelve a trazar sus formas elegantes, teje de nuevo la camisa de su fina piel. La curación está cerca. Mañana caerá el último vendaje. Mañana...

Aire de la sangre, no supiste jugar. Tampoco tú supiste. Arroja súbitamente, estúpidamente, tu ridículo coágulo obstructor a lo ancho de una nueva aurora.

Desde ese instante perdió toda orientación. No tuvo más remedio que volverse hacia la Muerte.

Apenas si había entrevisto la ruta. Un segundo abrió el abismo, el siguiente la dejó caer.

Quedamos pasmados en esta orilla. No tuvimos tiempo de decir adiós. No tuvimos tiempo de hacer siquiera una promesa.

Ya había desaparecido de la película de esta tierra.

Lou

Lou

Lou, en el retrovisor de un breve instante

Lou, ¿no me ves?

Lou, el destino de estar siempre juntos

en el que tenías tanta fe

¿Y bien?

Tú no vas a ser como tantos otros que nunca más vuelven a dar señales, devorados por el silencio.

No, a ti no puede bastarte una muerte para llevarse tu amor.

En la pompa horrible

que te separa hasta no sé qué milésima dilución

tú buscas aún, *nos* buscas lugar

Pero tengo miedo

No hemos tomado suficientes precauciones

Debíamos estar más informados.

Alguien me escribe que serás tú, mártir, quien ahora velará por mí.

Oh, lo dudo.

Cuando toco tu fluido tan delicado que permanece en tu cuarto y tus objetos familiares que sostengo en mis manos

ese fluido tenue que era siempre necesario proteger

Oh, lo dudo, lo dudo y tengo miedo por ti,

impetuosa y frágil, expuesta a las catástrofes

Sin embargo, voy a las oficinas en busca de certificados desperdiciando momentos preciosos que sería mejor emplear precipitadamente entre nosotros,

mientras te estremece

esperando con tu maravillosa confianza que yo acuda a rescatarte, pensando "De seguro vendrá"

"Pudo haberse demorado, pero no ha de tardar"

"Vendrá, yo lo conozco"

"No va a dejarme sola"

"No es posible"

"No va a dejar sola a su pobre Lou..."

Yo no conocía mi vida. Mi vida pasaba a través de ti. Se volvía cosa fácil este gran asunto complicado. Se volvía sencillo, a pesar de la inquietud.

Tu fragilidad, yo me fortalecía cuando la sentía apoyarse en mí.

Dime, ¿de veras no volveremos a encontrarnos nunca más?

Lou, yo hablo una lengua muerta, ahora que ya no hablo contigo. Tu gran empeño de liana en mí, lo ves, ha resultado. ¿Lo ves al menos? Es verdad: tú nunca dudaste. Era preciso ser un ciego como yo, era necesario el tiempo, tu larga enfermedad, tu belleza resurgiendo de la flacura y de las fiebres, era necesaria esta luz en ti, esta fe, para que el ciego al fin derribase el muro ilusorio de su autonomía.

Tarde lo vi. Tarde lo supe. Tarde aprendí el "juntos", que no parecía estar en mi destino. Pero no demasiado tarde.

Los años transcurrieron para nosotros, no contra nosotros.

Nuestras sombras respiraron juntas. Debajo de nosotros, las aguas del río de los acontecimientos fluían casi en silencio.

Nuestras sombras respiraron juntas y todo quedaba bajo su manto.

Tuve frío con tu frío. Bebí sorbos de tu pena. Nos perdíamos en el lago de nuestros intercambios.

Rico de un amor inmerecido, rico que se ignoraba, en la inconsciencia del que posee, perdí por ser amado. Mi fortuna se desvaneció en un solo día.

Árida, mi vida se reanuda. Pero no salgo de mi azoro. Mi cuerpo se dilata en tu cuerpo delicioso y en mi pecho hay antenas plumosas que me hacen sufrir con el viento de la retirada. La que ya no es regresa, y su ausencia devastadora me invade y me engulle.

Echo de menos los días de tu sufrimiento atroz en la cama del hospital, cuando llegaba por los pasillos nauseabundos, traspasados de gemidos, hasta la momia espesa de tu cuerpo vendado; cuando escuchabas

surgir de pronto, como el "la" de nuestra alianza, tu voz suave, musical, mesurada, que resistía con valor a la fealdad de la desesperación; cuando cerca de ti escuchabas mis pasos y murmurabas, liberada: "Ah, estás aquí."

Posaba entonces mi mano en tu rodilla, por encima de la cobija manchada, y todo desaparecía: la fetidez, la horrible indecencia del cuerpo tratado como un barril o como una cloaca, por extraños atareados y solícitos. Todo se deslizaba hacia atrás, permitiendo que nuestros dos fluidos, a través de los vendajes, se encontraran, se unieran, se mezclaran en el aturdimiento del corazón, en el colmo de la amargura, en el colmo de la dulzura.

Las enfermeras y el médico interno sonreían; tus ojos llenos de fe apagaban los de los otros.

El que está solo, por la noche, se vuelve contra la pared para hablarte. Conoce las cosas que te animaban. Viene a compartir contigo el día. Ha mirado con tus ojos. Ha escuchado con tus oídos. Tiene siempre algo que contarte.

¿No me responderás algún día?

Pero podría ser que tu persona se hubiese convertido en un aire del tiempo de la nieve, un aire que entra por la ventana que volvemos a cerrar, con un escalofrío, o con el malestar precursor del drama, como me sucedió hace algunas semanas. El frío se echó de pronto sobre mi espalda, me cubrí y di la vuelta precipitadamente cuando tal vez eras tú, ofreciendo tu mayor tibieza y anhelando ser bien recibida. Tú, tan lúcida, no podías expresarte de otra manera. Quién sabe si en este mismo instante no esperas ansiosa que yo al fin comprenda y vaya, lejos de la vida donde tú ya no estás, a reunirme contigo, pobremente, sí, pobremente, sin recursos, pero nosotros dos aún, nosotros dos...